

De la grande importancia de filosofar  
de la menor de la filosofía,  
de la mínima de los filósofos

El título de esta conferencia promete, como casi toda propaganda, un poco más de lo que puede dar. Si, en vez de su prometedora y un poco pretenciosa solemnidad, hubiera puesto simplemente por título: «De la grande importancia de los ojos, de la menor de los anteojos, de la mínima de los ópticos», o «De la grande importancia de los pies, de la menor de los zapatos, de la mínima de los zapateros», desilusionados ustedes tal vez por el torrente de vulgar evidencia de estas afirmaciones, hubiesen ustedes brillado por su ausencia, en vez de brillar, tan amablemente, por vuestra presencia en este acto.

Por suerte, *filosofar* no es faena tan corriente como ver; y el órgano del filosofar no está tan a la vista como los ojos.

La *filosofía*, por otra parte, parece andar por ciertos libros en traje de sistema; y los *filósofos* no resultan más difíciles de señalar que los zapateros del barrio.

*Filosofar* es, en verdad, y tomando las cosas un poco más en serio, una faena natural, de una natural potencia que se llama entendimiento; y, por natural, se parece a ver con ojos y a andar con pies. La *filosofía* consiste en ese conjunto de aparatos, instrumentos y máquinas mentales, cosas todas ellas artificiales, que ayudan al entendimiento en su función normal, cual en la suya sirven los anteojos, telescopios y microscopios, a la vista; y los zapatos y automóviles, a la natural función de andar.

Los filósofos tendrían por oficio ese de inventar y adaptar tales instrumentos mentales a la potencia natural del hombre pensante, al entendimiento. Total, que filosofía y filósofos entran en los dominios de la «ortopedia». Total, que para un entendimiento perfecto, sobrarían filosofía, filosofar y filósofos, cosa dicha por Platón, así que va por los dos mil cuatrocientos años de dicha, con las clásicas palabras: *Dios no filosofa*. Sólo filosofan los hombres, por ser algo intermedio, en camino, entre lo simple mortal y lo divino.

En este camino nos hallamos todos los presentes.

Entremos en la primera parte del tema: *Filosofar como función natural de ese órgano natural que es el entendimiento*.

No todas las funciones del entendimiento son, en rigor, filosóficas. De las propias y rigurosamente tales selecciono tres: a) reflexionar; b) estar doblemente despierto; c) hacerse cada uno yo.

#### a) Reflexionar

Es tan posible y frecuente pensar sin reflexionar, como lo es ver sin mirar, oír sin escuchar, beber sin catar, tocar sin acariciar. Naturalmente los ojos del hombre son, por ser ojos de hombre, ojos pensantes; mas no por eso sólo miramos, y nos admiramos de las cosas que vemos. Solemos zampárnoslas de un golpe por los ojos, cual los vulgares y acorazados tragones; y claro está que, puestos a tragar o a trasegar, es igual un Chateau-neuf du Pape, que un Chateau Yquem, que un corriente vino californiano. No basta con beber vino; es preciso saber que es vino lo que se está bebiendo, y qué clase de vino es. No basta, paradójicamente, pensar en hombre, ver que es un hombre con quien estoy tratando; hace falta saber *qué es ser hombre*, para realmente saber *que es hombre* con quien estoy tratando.

La vida naturalmente cotidiana se ha caracterizado siempre, y más en nuestros días, por ser un *via en que se ve*, mas no hay tiempo para mirar ni lugar para admirarse de nada; se

oye, pero no es posible detenerse a escuchar, ni se sabe atender reposadamente; se come de prisa, en cualquier parte y cualquier cosa, que no saboreamos; que, si nos propusiéramos catar lo que se llama bebidas modernas, nos darían asco. No nos lo dan, porque comemos sin saborear, bebemos sin paladear. No comemos, zampamos; no bebemos, tragamos.

Precipitación, desconsideración, prisas, azacanamiento, cualquierismo, agitación, efectismo... son formas, moderadamente exageradas, no solamente de ver sin mirar, oír sin escuchar, pensar sin reflexionar, sino algo más y peor, de ver y no querer mirar, oír y no querer escuchar, pensar y no querer reflexionar.

A este tipo de vida: inserta, encajada, enajenada y enchufada con todo, pieza funcionante de una máquina universal, que a todos nos arrastra, llama Heidegger a vida *cotidiana*.

Y produce esa mediocridad, medianía, efectivismo, propaganda, dogmatismo, consignas, gregarismo, que a todos nos lleva si no ponemos especial cuidado en *filosofar*, es decir, en reflexionar. Reflexionar es, pues, dar de repente y sin aviso un frenazo, cuyos efectos son chocar con todos y desentonar ruidosamente del mundo social, religioso, político, público ... Y surgen entonces justamente estas preguntas de *frenazo*: qué es, por qué es, para qué es, cómo es: o sea las preguntas filosóficas por excelencia sobre esencia, razón, causa eficiente, causa final, fin ... del mundo, de la vida, de tanto correr ... ; preguntas filosóficas no precisamente por hallarse en los libros de filosofía, y en todo manualito de la materia, sino porque su eficacia consiste justamente en detenernos a mitad del tráfico del mundo a preguntarnos: ¡bueno!, y ¿a qué tanta prisa?

Y haremos la experiencia de que no vale la pena mirar mucho de lo que vemos, y de lo que se nos entra y nos hacen entrar por ojos y oídos; no hay para qué escuchar lo que quiere que oigamos, y se nos entra mecánicamente por las rejas; y que es una vulgaridad indigna de ser pensada, lo que suele darnos a pensar, cual pienso, en consignas, dogmas, alófonos, rótulos luminosos.

Filosofar es, pues, siempre una función escandalosa. Frenazo y parón dentro del apresurado y denso apremio de nuestro ser en el tráfico del mundo.

El efecto propio del pensar sin reflexionar es hacerse uno de tantos, un cualquiera, adocenado, mediocre. Aristocracia conserva aún el prestigio de su significación etimológica: *lo mejor*. Reflexionar, es decir, filosofar, es la real y auténtica aristocracia del pensar.

Filosofar, reflexionar va a resultar cada vez, día a día, más escandaloso y abrupto frenazo a mitad del tráfigo mundanal. Y filosofar va a ser también cada vez actitud más molesta, peligrosa, para el río de autos y cosas, y para los metidos en ríos de autos y cosas, a merced de su corriente, con intereses en que no se atasque nada.

Platón, en diálogo célebre, por sus ensayos de etimologías de palabras griegas filosóficas, al dar la de hombre, la de *ántropos*, dice que *ántropos* u hombre es el remirado: el que mira lo que una vez vio: el reflexivo.

Filosofar no es, pues, sino la función natural de pensar potenciada: la de repensar, de reflexionar.

#### b) *Filosofar es estar doblemente despierto*

Despiertos, decía Heráclito, todos vivimos y vemos el mismo mundo, un único mundo. Dormidos, vivimos y vemos cada uno nuestro mundo, el de nuestros ensueños; mundo plural, arbitrario, inconexo.

Dormirse y despertar son dos cosas que nadie puede hacer a voluntad, conscientemente. Yo no puedo estar cayendo en cuenta de que soy yo quien me estoy durmiendo; así no me dormiría jamás. No soy yo quien pueda estar dándose cuenta de que soy yo quien se va a despertar, pues nunca me habría dormido. Entre el sueño y la vigilia ordinarios hay discontinuidad abrupta, a pesar de suceder todo materialmente en el mismo hombre. Parece evidente que yo soy más yo despierto que dormido. Al dormirme, me duermo, a muchas cosas: entre ellas a notar me yo. Y por tanto parece debieran dar un plural mucho más acusado los despiertos que los dormidos. Con todo, el mundo de los despiertos posee mucha mayor unidad, inclusive la total unidad del mundo, que los mundos de los dormidos.

El mundo de los despiertos es un ; y sus elementos se nos ofrecen ordenados en espacio, en tiempo, en cadena de

sucesos, en grupos típicos de cosas —cual bosque, sol, casa, río, nube—, todos ellos dentro de un solo espacio total, dentro de un solo tiempo, todos enhilados en la hebra del tiempo: pasado, presente, futuro.

El mundo de los sueños, o los mundos de los dormidos, son modelo de incoherencia, inconsistencia, variaciones súbitas, sin razón; y tan dormidos estamos a unidad, coherencia y lógica, que ni siquiera nos sorprendemos en sueños de tales cambios arbitrarios de escenario y fantasmagoría. Ha sido menester la audacia genial de Freud, y bastante amor por la novelería mental, buena dosis de curiosidad malsana, y restos de magia que andan todavía por la mente humana, para tratar de descubrir hilachas de esas subconscientes razones, faena casi de novela policíaca psicológica, que subtienden allá por lo hondo y desde lo hondo la fantasmagoría insubistente del batiburrillo de los sueños de cada uno.

Calderón de la Barca compuso en la época llamada de Oro de la literatura española un drama y un auto sacramental, los dos con el título: «*La vida es sueño*». Esta vida de vigilia, aun la de los más despiertos, es realmente sueño; y lo que en ella vemos y hacemos no pasa de ensueños y sonambulismo; la vigilia auténtica y suprema ya consistirá en despertar a la vida eterna. Y desde ella la vigilia actual nos parecerá estado de sueño y de sonambulismo, cual desde la vigilia ordinaria y de primer grado podemos clasificar de sueño la otra vida, la de los yacentes.

Filosofar es, en realidad, un segundo grado y potencia de vigilia, un estar doblemente despierto. Lo que se conoce por triple criterio: *primero*, el mundo filosófico, igual diría del científico, posee nueva y más recia unidad que la del mundo mental de los simplemente despiertos; *segundo*, el yo que está despierto en vigilia filosófica es un yo trascendental, para decirlo con clásico término kantiano, un yo doblemente tal; *tercero*, desde esta potenciada vigilia, el yo trascendental ve que la vigilia ordinaria es sueño, que la *vida es sueño*, y que los hombres despiertos, en primera potencia, no pasan de sonámbulos. No hace falta dormirse a este mundo y al cuerpo, es decir, morir, para despertar a la vida eterna. La filosofía, lo dijo ya Platón —y la sentencia es, por tanto, vieja —, es

muerte anticipada; muerte, o despertar, ya en este mundo a otra vida y a otro mundo. Al mundo de las ideas de las cosas, al mundo tal como lo descubre la ciencia.

Quien se soñó rico y hartó, y se despertó a su pobreza y hambre reales, no tomará por reales los sueños de riqueza y hartura. Quien ve colores y oye sonidos, y se despierta por la ciencia a vibraciones transversales de un campo electromagnético, solución de un cierto tipo de ecuaciones diferenciales parciales —todo ello ni visible ni audible, ni inteligible para quien piense con ojos y oídos—, no tendrá por muy reales los colores tal cual los ve la vista, y los declarará, como es costumbre desde el Renacimiento, cualidades secundarias, devaneos de ojos y oídos, incapaces de entrar tal cual en el contexto seguro de la ciencia. Todo lo que vemos, oímos, tocamos, sentimos en el mundo de los simplemente despiertos, y por mucho que nos estreguemos los ojos, es, para la ciencia, sueño de una noche de verano.

El científico, en su estado de tal —que no dura ni toda la vida ni la mayor parte del día—, está doblemente despierto; y lo que en tal estado ve es un mundo compuesto de ideas, necesariamente conexas entre sí, frente al cual el mundo real de los despiertos corrientes es sueño.

Filosofar es, en este fundamental sentido, estar doblemente despierto y en vigilia nueva ante mundo nuevo. Y el científico y el filósofo, en cuanto tales, son otro yo, doblemente yo; potenciación del yo suyo de despiertos, como el yo que somos despiertos es potenciación del mismo yo que somos dormidos.

A este yo, doblemente despierto, se llama con recio nombre, bien debido, yo trascendental.

A la vigilia ordinaria nos despertamos de ordinario por un proceso natural. A veces, por un susto. A la vigilia científica o filosófica se despierta siempre por un susto sentimental: por sorpresa, desconcierto, admiración, angustia, gracia.

c) *Filosofar es hacerse cada uno «yo»*

*No tomarás el santo nombre de Dios en vano*, es uno de los mandamientos del decálogo mosaico. Desde el Renacimiento, el mandamiento filosófico primero dice: «No tomarás en

vano el nombre de Yo», tu nombre. Pero ¿es que podemos tomar en vano nuestro propio nombre, el nombre de Yo, cuando somos necesariamente cada uno yo, mi yo? ¿No es ser yo la manera menos en vano de tomar algo? ¿Tenerlo para serlo, y serlo ya o haberlo tomado ya en serio, en ser?

Pues, por extraño que parezca, y salvo raras y aun contadísimas excepciones, todos, desde el hombre primitivo hasta nuestros días, tomamos en vano nuestro propio nombre, somos en vano «yo»; y al decir «yo», tomamos en vano nuestro propio nombre, y, lo que es peor, nuestra propia personalidad.

«Yo pienso», decimos y dice cada uno de sí; mas cuando digo «mis» ideas, tomo eso de yo, de mí, en vano, pues mis ideas son las de todos; mis ideas religiosas, sociales, políticas... no son del yo, no son mías; son de la Iglesia a que pertenezco, del Estado de quien soy súbdito, de la sociedad en que me hallo incardinado —si no son las de la propaganda, las de la verdad oficial, ideas que toman y han tomado posesión de mí, de mi yo, de mil maneras—; y para Iglesia, Estado, sociedad sobra, y aun estorba, que yo sea yo, que yo las discuta, acepte o rechace, siga o no. Y sea yo quien decida o no acepte simplemente lo que han decidido. Y mis ideas sociales, científicas, filosóficas... ¿son de mi yo, mías real y verdaderamente, o estoy tomando en vano y en vanísimo, y vanidad, las pocas o ningunas que tengo por mías?

Y ¿eso de «yo quiero»? ¿Qué es lo que yo realmente quiero o he querido? ¿Qué es lo que el yo ha elegido libremente, sin hallárselo elegido? Y ¿qué es en lo que aún nos dejan campo a elección Iglesia, Estado, sociedad...? Todos ellos, esas entidades monstruosas, descomunales, Leviatanes, están montados de manera que todos lleguemos a tomar en vano, a veces sabrosamente, de ordinario sin caer en cuenta, eso de yo. Que ya decía Dostoyewski que la libertad es el mayor y el peor de los dones que Dios nos ha hecho, el peor, más comprometedor, mayor estorbo para todos: Iglesia, Estado, Sociedad, aun para nosotros mismos, para el yo.

Y no es que Iglesia, Estado, Sociedad nos quiten violentamente eso de «yo quiero». Es que nosotros mismos tomamos en vano nuestro yo, hacemos dejación del yo pienso, del yo quiero; renunciamos a pensar, querer, obrar yo, en reli-

gión, en política, en vida pública. Y, claro está, tonto de remate sería quien hallando tirado por su ignorante dueño un tesoro en plena calle, en la plaza pública, no lo tomara para sí en serio, en buen conocedor, y en decidido dueño, y se hiciera a sí mismo el señor de la libertad religiosa, el Yo de la religión, quien determinara dogmas y normas; el Yo de «mando», en asunto de política y vida pública, abandonada la libertad por los que toman en vano eso de ser yo.

Cuando los hombres tomamos en vano eso de ser yo, no sólo vienen otros decididos a tomar en serio su yo, el único yo que queda por dejación universal sino que, además de tales dueños externos, el hombre resulta esclavo de las ideas religiosas, políticas, sociales, científicas...; todas ellas se le truecan en ideas fijas, en manías, en locura, benigna de ordinario.

Tal vez nos parezca evidente que el mayor lógico en lógica fue Aristóteles, o en nuestros días, Russell, Hilbert, Whitehead; que el mayor lógico en teología católica fue Santo Tomás; que el lógico por excelencia en relatividad fue Einstein. No es así; el mayor lógico en lógica sería el loco cuyo tema o manía fuera la lógica; y el más grande lógico en teología sería el loco cuyo tema fuera la *Summa Theologica* o el *Credo*; y el máximo lógico en relatividad fuera, sin duda el loco con tema «relatividad». Porque estos locos por tales temas son los dominados íntegramente por las ideas, lógicas, teológicas, físicas. Los demás: Aristóteles, Santo Tomás, Einstein... no están dominados por las ideas de lógica, teología, relatividad..., sino son, en cierto grado, dueños de ellas, dueños, aunque no sea sino en el sentido de poderse liberar, distraerse de ellas horas, días y años.

Cuando una idea llega a ser obsesión, manía, tema, es el momento, de máximo idealismo, de supremo dominio de las ideas sobre lo real; y de mínimo dominio del hombre sobre ellas. Entonces lleva el hombre en vano y en vanísimo el nombre de yo, y dice «yo pienso»; y hasta se gloria, insensato e imbécil, de estar dominado por grandes ideas, de ser uno de tantos fieles, uno de tantos súbditos, uno de tantos esclavos de las ideas. Todo, menos ser yo.

Cuenta el Evangelio que Jesucristo se apareció, andando sobre las aguas, a sus apóstoles, bien apurados ya por

una tempestad; y que con sólo decir: «Yo soy, no temáis», se apaciguó la tempestad y se restableció la calma en el mar. En la época del Renacimiento, allá por el siglo xvi, reinaba en el mar del pensamiento la calma chicha, somnolienta y cigarretil de la filosofía escolástica; bastó que un yo, Descartes, dijera decididamente: «yo pienso», yo soy quien va a pensar, para que, al revés del relato bíblico, y guardando las debidas distancias, se armara la gran tempestad ideológica que lleva por nombre, cual ahora los huracanes el suyo, de *idealismo*.

Del siglo xvi al xviii se produce, tras la inicial tempestad cartesiana y su continuación en la filosofía y física de Newton, Leibniz, Euler... otro remanso de paz ideológica, otra calma en la idea fija de progreso indefinido automático, y asegurado, de la humanidad; pero a mitad de semejante bochorno y adormiladera, Kant despierta una vez más la conciencia europea con un «Yo soy», «Yo pienso», con Yo, Yo trascendental; y desátase nueva tempestad ideológica en filosofía, en ciencia, en religión, en que estamos aún bregando.

Sólo ciertos benditos, y los hay entre los científicos mismos, creen en la inofensividad e ineficacia de las ideas. Fouillé, de más fama en el siglo pasado que en el presente, puso en circulación la frase de «ideas fuerza» que ha hecho fortuna. Toda idea, sea la que fuere, puede llegar a dominar real y absorbentemente la inteligencia humana, y dirigir dictatorialmente sus acciones; toda idea puede y tiende a hacerse tema, idea fija. Las ideas, lejos de hacernos de manera segura inteligentes, nos volverán al menor descuido locos, maniáticos, intolerantes, dogmáticos, fanáticos. Todo ello, formas de locura, más o menos agresiva. He dicho «al menor descuido»; ¿de quién? De cada uno, si de descuida de hacerse «yo», y toma en vano el «Yo pienso», «Yo quiero».

Filosofar no es, en realidad y su profunda y natural función, sino ser cada uno «yo».

### III

La grande importancia del filosofar se ha llevado ya gran parte, la mayor parte, de esta conferencia; a la menor de la

filosofía daremos, para ser justos y consecuentes, menor amplitud.

Lentes, microscopio, telescopio... son aparatos a servicio de los ojos —no de los animales, sino de los ojos pensantes del hombre. Máquinas de vapor, aviones, autos, reactores atómicos... son máquinas, a servicio de las manos del hombre; a servicio, a su vez, de los planes, deseos, diseños del hombre.

La filosofía consiste en la invención, producción y uso de ciertos aparatos, instrumentos y máquinas mentales, todos ellos en principio a servicio del hombre, de sus naturales potencias: entendimiento y voluntad. Porque quitemos de la mente, si es que la tenemos, el prejuicio de que sólo hay aparatos, instrumentos y máquinas en lo material y con lo material. Hay aparatos y máquinas *mentales*, aparatos y máquinas hechas de conceptos, de ideas, de imágenes, de esquemas, tan artificiales como una máquina ordinaria, mas no por artificiales menos potentes y eficaces que los naturales entendimiento y voluntad. Funcionan de manera eficaz entendimiento y voluntad; y funcionan, eficazmente también, toda clase de métodos filosóficos: de abstracción total, formal, eidética, método dialéctico... Todo ello máquinas y aparatos mentales.

Hay filosofías inventoras y constructoras de simples *aparatos*, un poco al estilo de microscopio y telescopio, cuya función se reduce a descubrir más finamente, más discretamente, lo real —resolver el bulto de luz de una nebulosa en estrellas solitarias; una gota de agua turbia, en agua e infusorios. Platón, Aristóteles, Santo Tomás... no pasaron de esta fase de ópticos; y sus métodos de abstracción, total y formal, de lógica formal tipo identidad silogística o mediata, son *aparatos mentales*, cuya eficacia en punto a clarificación, dispersión, ordenamiento se emparejan con los del microscopio y telescopio ordinarios. *Filosofía de observatorio*.

Otras filosofías, por el contrario, son *laboratorios y fábricas de máquinas mentales*. Descartes, Kant, Hegel... o, hablando en propiedad —pues me olvidaba de que estamos aún tratando de la filosofía y no de los filósofos—, los métodos de *dda* metódica, de reflexión trascendental, deducción trascendental, método dialéctico, son, en verdad, *máquinas* que,

de funcionar eficazmente —y con tal plan se las inventó y montó—, transformarían el mundo externo en interno, en contenido de conciencia; las cosas en sí, en objetos para mí; la realidad exterior, material, psíquica, histórica, en espíritu absoluto.

Aunque un aparato no sea, patentemente, un árbol, es decir, no nazcan aparatos cual nacen árboles, todo aparato se compone próxima o remotamente de cosas tan naturales como un árbol. Y por más que el método dialéctico, o método de abstracción eidética, no sean, seguramente, algo nacido tan naturalmente como nacen en el hombre su inteligencia y sentidos, no por eso dialéctica y abstracción dejan de componerse mediata o inmediatamente de cosas tan naturales como el entendimiento. Pero no concluyamos de esta fundamental naturalidad de todo, aun de lo más artificial —aparato o máquina—, que sobren aparatos y máquinas. Ahí están el pérrandonos los autos, y en la casa la nevera y el televisor, y en el aeropuerto los aviones... que no me dejarán mentir.

Cada filosofía se caracteriza, por tanto, por *su* observatorio o laboratorio de aparatos y máquinas, y por los productos artificiales que aparatos descubren y máquinas manufacturan. Y si no siempre un aparato o máquina funciona bien, a veces ni siquiera se los ha concebido o montado inteligentemente, con ojo de técnico, sino a ojo de buen cubero, sucede también en la filosofía que no todo método, abstracción total, formal, eidética, trascendental, método dialéctico, místico, intuición bergsoniana... método fenomenológico, existen ial... funciona bien, o porque no han sido bien concebidos, o porque han sido mal montados —a veces, aun bien concebidos, orq e no se les sabe utilizar bien.

Un poco sorprendidos nos dejan los físicos modernos cuando nos afirman muy serios, remitiéndonos a aparatos y máquinas de nombres terroríficos como el *lotrón*, *cosmóón*, *betatrón*, *bevatrón* ... que lo real no es lo que veo, oigo y toco, sino enjambres de protones, neutrones, electrones, eutrinos, fotones, mesones que no puedo ver, ni yo ni nadie —ni Fermi, ni Dirac ni Yukawa. Y no acabamos de creer al que nos habla de microbios, de infusorios, bacterias y otros duendecillos ni visibles, ni tangibles, ni gustables.

La filosofía, armada de sus aparatos, instrumentos y máquinas, nos habla, a veces, de cosas raras que por ellos ha visto o ha fabricado —potencia-acto, esencia-existencia, sustancia-accidentes, materia-forma, formas a priori, ideas innatas, categorías, existenciales y existenciales... Duendes, vestigios, fantasmas —pensamos—, tan fantasma y duende como el protón, el electrón, el neutrón, el neutrino, mesones, piones, miones...

La filosofía es el sistema o conjunto ordenado de todo lo que se descubre mediante aparatos mentales, o se fabrica por máquinas mentales.

Pero, en definitiva —y a estoy voy—, todo artefacto, aparato, máquina mental, o material —ciclotrón o método dialéctico; telescopio o método de abstracción formal—, se componen sin evasión posible de lo natural. Y en filosofía, de la inteligencia y voluntad naturales —de ideas, de valores. De ahí la menor importancia de la filosofía, menor respecto del filosofar que es lo natural.

#### IV

¿Y sobre la importancia mínima de los filósofos?

Sobre el «hombre de carne y hueso» —que decía Unamuno, y todos hemos heredado la frase—, sobre los hombres de carne y hueso que fueron Parménides, Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes, Leibniz, Espinoza, Kant, Hegel..., cada uno con su cuerpo a cuestas, y su alma en su almario, con sus problemas de raza, genealogía, religión, familia, Estado, sociedad de su tiempo, reyes, emperadores, tiranos, actitud política..., y acerca de los ¿hombres de carne y hueso que, a respetable distancia en otros aspectos, somos los filósofos actuales, bastará con advertir que todo eso, y más que se pudiera decir, entra en la *biografía*, y no en la *filosofía*. Y entra en lo que el lenguaje corriente, bien expresivo, llama *la vida y milagros* de alguien —un poquito cuentos para niños en filosofía y para niñas filósofas.

Así que no cuadra ni con nosotros ni con mi oficio de conferenciante.